

Algunos Rasgos de la Situación Económica de Nuestro Continente

ENRIQUE V. IGLESIAS *

En los últimos años se ha puesto de manifiesto con gran crudeza que los fenómenos regionales tienen inevitable relación con la coyuntura mundial, y que América Latina, en última instancia, está íntimamente ligada al acontecer internacional. Esta relación centro-periferia que Prebisch señaló y que nosotros hemos venido destacando desde hace mucho tiempo en la CEPAL, ha sido realmente una feliz categoría de análisis para examinar la naturaleza y el origen de muchos de nuestros problemas. Por eso es que no se puede apreciar la coyuntura regional sin tener alguna referencia a lo que es la coyuntura internacional.

La verdad es que tenemos que aceptar que estamos en este momento — para no hacer un diagnóstico demasiado elaborado, al menos en materia de economía internacional—, en el fin de un ciclo. Hemos pasado en la posguerra por tres grandes etapas: el período que yo llamaría brillante de la expansión de la economía internacional, que fue de los años sesenta a principios de los años setenta, el período crítico que se insinuó a fines de los años setenta con matices de recesión, y ahora el que ofrece una nueva oportunidad a la economía internacional, con características muy especiales a las que me quiero referir.

Ciertamente la época brillante de la economía internacional —el período de expansión— trajo consigo grandes innovaciones tecnológicas, una ingente acumulación de capital, y un aumento impresionante del volumen de producción, que no había conocido antes el hombre y que elevó la cantidad de bienes a disposición de las comunidades, especialmente en los países

desarrollados. Se percibía cierta seguridad con respecto al comercio internacional y a la administración de la economía del mundo, y la economía daba la sensación de estar en una fase de control del ciclo internacional, y de tener perspectivas casi ilimitadas de progreso.

Ya en los años setenta —y el fenómeno que se inicia entonces es un elemento precipitante de mucha importancia— comienzan a aparecer signos de debilidad en la economía internacional: una crisis muy importante en los Estados Unidos; pérdidas de competitividad de la región frente a nuevas potencias como el Japón y la Comunidad Económica Europea; fenómenos desconocidos en la historia del capitalismo, como el estancamiento de la inflación; pérdida de la capacidad de las administraciones económicas para controlar los ciclos, y deterioro de los edificios tan bien armados que se construyeron en Bretton Woods luego de la Segunda Guerra Mundial, y que habían dado una especie como de cimiento al proceso de crecimiento de la economía internacional.

A fines de los años setenta se desencadena esta crisis espectacular, la más grave de la posguerra: una dura recesión de cuatro años, profunda, generalizada, acompañada por el estancamiento del producto y por la caída de la inversión. Por primera vez el comercio mundial decrece por dos años consecutivos, en 1982 y 1983, mientras se elevan la tasa de interés (hecho nuevo en la historia contemporánea) y la desocupación (fenómeno que el capitalismo internacional no logra dominar y frente al cual no tiene respuesta). Además, otras cosas entran en crisis, como el Estado benefactor, a lo que obedece en alguna medida la reacción conservadora de algunos gobiernos como los de Reagan y Margaret Thatcher.

Parecería haberse acabado en el mundo capitalista cierto tipo de crecimiento y cierta forma de acción del Estado, y haber surgido la búsqueda de un nuevo modelo cimentado en la vuelta a la estabilidad. El signo que hoy parece dominar la coyuntura internacional es el privilegio absoluto de la estabilidad frente a cualquier otra cosa, la vuelta a reglas del mercado mucho más severas, y la esperanza de que la recuperación que se está insinuando en este momento, que se está dando ya en los Estados Unidos, en Inglaterra, en Alemania y el Japón, sea el principio de una nueva fase expansiva de la economía internacional.

Pero frente a esta situación se suscitan dudas. No hay todavía seguridad de que la recuperación sea estable. Nos encontramos en este momento frente a dos visiones muy distintas: la de los optimistas, fundamentalmente en los Estados Unidos, que creen estar en presencia de una fase sana y renovada de la expansión internacional, y la de otros muchos —casi la mayoría, diría yo— que señalan que quizá ese periodo está muy lejos de ser una recuperación permanente y que podríamos caer próximamente en una nueva fase depresiva mucho peor que la anterior. ¿Quién tiene la razón en este debate? Difícil saberlo. Yo no me atrevería a optar por una o por otra posición, pero si me viera forzado a hacerlo, diría que no se trata de una recuperación que nos dé tranquilidad absoluta. En la base del sistema hay males que no han sido resueltos, y entre ellos es particularmente amenazante el de los 30 millones de desocupados que no serán absorbidos aunque la economía internacional alcance los índices de recuperación previstos.

Quiero dejar hasta aquí estos simples pincelazos sobre la economía internacional, para detenerme en la situación de América Latina.

Para nosotros, en este momento, el problema de la crisis internacional tiene tres dimensiones: en el corto plazo, el impacto de la coyuntura actual en la región. En el largo plazo, las tendencias de la economía mundial, el sentido en que ésta se mueve y las líneas sobre las cuales se insinúa. Y por último, el espacio al que América Latina puede aspirar en el nuevo mundo que vendrá. Son tres dimensiones que están muy ligadas entre sí, pero que no necesariamente se confunden.

Por ejemplo, América Latina siguió a la economía internacional en la primera etapa, en el ciclo brillante, cuando hubo una expansión muy importante y la región se transformó violentamente. Nadie puede desconocer que la América Latina de hoy es muy distinta a la de los años cincuenta. Se ha multiplicado su base productiva, se ha diversificado su producción, han surgido las ciudades. Hubo, junto con el crecimiento de la economía mundial, un crecimiento importante de la economía latinoamericana.

Cuando las señales negativas empezaron a darse en la economía internacional, América Latina no reaccionó en igual sentido, fundamentalmente por dos motivos: primero, junto con aumentar los precios del petróleo aumentaron los precios de las materias primas, lo que nos hizo menos vulnerables a los elementos negativos que venían del exterior. Segundo —y este hecho sin duda fue absolutamente novedoso— en los años setenta hubo una afluencia de capitales hacia América Latina sin precedentes en la historia económica de la región. Este es un elemento que importa destacar para analizar lo que está pasando ahora y cuáles son los fenómenos más significativos del momento actual.

Pasó así el decenio de 1970, saltándose América Latina las señales críticas de la economía mundial. Pero a principios de los años ochenta nos encontramos en la recesión que estamos viviendo ahora, la más importante, la más aguda experimentada por la región después de la gran crisis de los años treinta. La caída del producto es, sin duda alguna, muy severa, especialmente en países como Chile, Uruguay y Argentina. La inflación alcanza niveles espectaculares, incluso en algunos países que habían tenido una tradición eminente de estabilidad, como Venezuela, los de Centroamérica y México. Las reservas bajan peligrosamente y, lo que es tan importante como todo eso, se pierde en gran medida el capital acumulado. La crisis de las empresas latinoamericanas es tremenda, pues desaparece buena parte de su acervo de capital y de su capacidad productiva.

También la crisis social de los últimos años ha sido grave: un aumento muy grande en el desempleo, con cifras que llegan en algunos casos al 30% (en Chile, por ejemplo), y una caída también espectacular del salario real. Es evidente que sumada a los problemas históricos de América Latina, la recesión de los últimos años nos ha dejado en una situación social muchísimo más difícil que la que había conocido la región hasta este período de nuestra historia.

Quizá el símbolo que ha venido reflejando más claramente la naturaleza de la crisis es la cifra de la deuda externa. Haber llegado a los 300 mil millones de dólares de deuda externa en 1982 y seguramente a cerca de 330 mil millones en 1983, es un fenómeno sin precedentes con el que tendremos que vivir por muchos años, puesto que el endeudamiento externo no es cosa pasajera.

Ahora bien, ¿cómo se llegó a esta situación? ¿Por qué América Latina interrumpió violentamente su ciclo expansivo de los años setenta y se preci-

pitó en esta crisis brutal? ¿Es una crisis eminentemente latinoamericana? Hay una visión generalizada de que se trata de una crisis mundial. Pero la crisis se da violentamente en América Latina. El Lejano Oriente no está en crisis, la India no está en crisis, Pakistán no está en crisis, y en África la situación sigue siendo dramática con rasgos permanentes. Por lo tanto, no podemos seguir insistiendo en que nuestra crisis actual es un fenómeno universal. En realidad es un fenómeno con rasgos eminentemente latinoamericanos, pues es en nuestra región donde se da con una virulencia que no se ha visto en otras áreas.

¿Por qué se llegó a esta situación? Es difícil hacer un diagnóstico general por la simple razón de que no todos nuestros países pasaron por el mismo proceso. Hoy decíamos que Colombia se salva un poco de este incendio, como se salva también la República Dominicana. No se salvan en cambio, entre otros, México, ni Brasil, ni Argentina. Es decir, la situación es bastante generalizada, pero hay países que gracias a elementos amortiguadores y políticas diferentes se han salvado en parte de los graves efectos de la crisis.

Si tuviese que destacar algunos denominadores comunes, diría yo que ha habido una especie de trinidad **non sancta** que explicaría el actual momento económico de América Latina. El primer elemento de esa trinidad es el efecto de la recesión externa que llegó a América Latina en los años setenta con la baja de los precios de los productos básicos, el alza sin precedentes de las tasas de interés debido a la política aplicada por los Estados Unidos, y la violenta retracción del ingreso de capitales privados a la región, que en 1981 y 1982 decreció 55%.

El segundo elemento son las políticas internas. No hay duda alguna de que América Latina se deslumbró en la década de los setenta con el ingreso indiscriminado de capitales. ¡Durante tantos años estuvimos pidiendo recursos, y los recursos llegaron! Llegaron y no fueron utilizados siempre con la debida productividad. Parece haber predominado la teoría de que era posible desarrollarnos a base de una deuda externa en permanente crecimiento. Pero ese tipo de desarrollo tenía que tener sus límites. Y los hubiera tenido con o sin recesión internacional, porque estábamos llegando a un nivel de endeudamiento desmedido en relación a la capacidad de pago. La recesión no hizo más que precipitar esa situación y sacarla a la luz con violencia desconocida.

Las políticas internas que se han aplicado han sido de distintos tipos. Como referencia histórica interesante, digamos que en México, Venezuela y el Ecuador, los tres países petroleros, la deuda creció más violentamente y la escasez de capitales es la tónica dominante. Pero evidentemente con respecto a estos países predominó la teoría de que los precios del petróleo podrían seguir creciendo, lo que atrajo ingentes capitales del exterior y estimuló endeudamientos muy pronunciados.

Hubo también países que aplicaron políticas de liberalización del comercio externo, realizadas sin equilibrio y sin coherencia interna en todos los frentes, las que abrieron las fronteras a la importación de casi todo tipo de productos y crearon niveles inflados de consumo y un endeudamiento inútil en dólares que habrá que pagar.

En otros casos se buscó la estabilización frenando el tipo de cambio, lo que en definitiva da sólo una sensación de estabilidad, sin garantizarla. No quiero abundar en detalles, pero lo cierto es que en América Latina se han sumado a

los efectos de la recesión internacional, políticas desacertadas, o bien ausencia de políticas que potenciaran aspectos internos. No podemos achacar todos nuestros males fundamentalmente a problemas externos. No es así y nos hace mal no reconocerlo. Debemos admitir que ha habido también profundas causas internas, y determinar cuáles son para así saber dónde han estado nuestros errores.

El tercer elemento es, a mi juicio, el propio ciclo económico internacional. Todos estos procesos fueron lubricados por una actitud financiera permisiva del sistema bancario internacional que no habíamos visto quizás desde los primeros años de este siglo. La actitud permisiva del sistema financiero llegó a límites inimaginables. Los bancos prestaban en cualquier forma y condición, y "forzaban" (como decía muy bien hoy el Presidente Pastrana) la asunción de nuevos créditos.

Pero también hay que entender que en la región la deuda se nos escapó de las manos porque las condiciones en que la contratamos cambiaron por motivos fuera de nuestro control. Una buena parte de la deuda reciente corresponde a préstamos para pagar intereses descomunales y extravagantes. Es decir, se trata de intereses sobre deuda asumida para pagar intereses. Si la situación en general fuese la misma en que originamos la deuda, si los precios internacionales fueran los que se dieron en los años setenta, si las tasas de interés fueran de 2% y no de 6% en términos reales, hoy el panorama sería diferente.

Cuando analicemos la crisis actual, aceptemos entonces que ha habido tres grandes bloques de causas que se han multiplicado, que se han combinado en formas muy diferentes, en los diversos países, pero que confluyen a explicar la naturaleza del problema. Si reconocemos que ésta es la situación, las soluciones, por lo tanto, tienen que venir de tres vertientes y no de una sola; deben comprometer concertadamente las políticas internas, las actividades de la Banca privada y del sistema financiero internacional, y deben considerar los efectos de esta coyuntura internacional.

Frente a este panorama, se nos plantean hoy dos grandes interrogantes: primero, cómo administrar una recesión, y segundo, cómo sentar las bases para una nueva etapa del desarrollo latinoamericano.

Administrar la recesión es una tarea endemoniada. El que crea tener en el momento actual soluciones fáciles, está en un grave error, porque si fueran fáciles ya se habrían aplicado. No hay tozudez de no querer hacer las cosas; simplemente las cosas son difíciles de hacer.

Tenemos que aceptar de partida que habrá que pagar ciertos costos inevitables. No se sale de una crisis de este tipo sin costos muy altos. Y eso es absolutamente cierto en todos y cada uno de los países de América Latina.

Esto no quiere decir que no tengamos opciones. Podemos optar por distribuir los costos internos en la forma más equitativa posible, y por evitar que lo que tengamos que pagar nos liquide nuestra propia capacidad de recuperación. Es decir, podemos optar por no imponer a nuestros países una crisis recesiva de tal magnitud, que termine en una suerte de eutanasia empresarial o en la destrucción de nuestra capacidad de respuesta. No se trata de no aceptar los costos del ajuste, ni de esperar que los paguen por nosotros desde afuera. Se trata de que ese ajuste tenga un ritmo que la sociedad pueda soportar, que sea políticamente administrable y que no

suponga sacrificios de tal proporción que signifiquen liquidar la base productiva de nuestros países, con lo cual su capacidad de recuperación se vería seriamente afectada.

Administrar la recesión se hace aún más complicado porque muchos de sus elementos escapan a nuestro control. Nosotros no controlamos los precios de las materias primas, no controlamos la tasa de interés, no controlamos la buena o mala voluntad de los bancos para seguir prestando, no controlamos, en suma, la coyuntura internacional.

Estoy convencido —y algo de esto surgió en la Conferencia de Caracas— de que el mundo no se ha hecho cargo aún de las características propias de nuestra crisis. Prevalece cierta irresponsabilidad al pedirnos ajustes de la proporción y profundidad de los que se nos están exigiendo. De mantenerse la situación como está, podríamos llegar a un punto en que comenzaran a aparecer fenómenos y reacciones incontrolables en algunos de nuestros países. Porque lo que el mundo está haciendo para encarar este problema es, a mi juicio, insuficiente, y podría llevar a consecuencias desastrosas, de persistir la situación actual.

El ajuste que se nos está pidiendo es profundamente asimétrico. Cae exclusivamente sobre los deudores, y no sobre deudores y acreedores. Veamos un ejemplo: Cuando en los años treinta sufrimos un fenómeno similar, la deuda de América Latina era en bonos. Los bonos estaban en manos de algunas de las grandes firmas que participaban en la administración financiera de nuestra deuda externa. Cuando América Latina dejó de pagar (en algunos casos con las solas excepciones de Argentina, la República Dominicana y Haití) los bonos fueron al mercado, se depreciaron violentamente, América Latina los recompró al 20, 30 y 40% de su valor, y por lo tanto, la deuda se licuó. La pérdida la hizo el mercado. Seguramente hubo algún ahorrante en Manchester o en Oklahoma que perdió algo sobre los bonos, pero en alguna forma se produjo un ajuste compartido. Cuando una empresa privada como la Chrysler entra en crisis, los bancos se sientan en torno a una mesa, se negocian los intereses, se acuerdan quitas, se deciden esperas, es decir, realmente se comparte el costo del ajuste. En este momento la deuda de América Latina recae exclusivamente en los deudores. No solamente los intereses son elevadísimos, sino que los costos bancarios se multiplican por dos y por tres, y de alguna manera la situación está agravada por una codicia bancaria evidentemente miope.

Otra crítica que hacemos nosotros al ajuste actual se refiere a su naturaleza casi exclusivamente financiera. Se hace muy poco en materia de comercio para ayudarnos a vender más y poder pagar. Se hace muy poco por crear capital de largo plazo para que no baje la inversión. Recuerdo que en la época de Bretton Woods se dijo: para enfrentar un desequilibrio fundamental como éste —y el de ahora es un caso típico de desequilibrio fundamental— atacaremos desde tres ángulos: con el Fondo Monetario Internacional, con el Banco Mundial y con la organización mundial del comercio. Vamos a dar plata a muy corto plazo para que los países puedan soportar el ajuste, vamos a dar mejores precios por vía del comercio y vamos a dar fondos para que aumente la inversión. En este momento se pretende efectuar el ajuste desde un solo ángulo, el de la contracción.

También nos merece reservas la fórmula en que se basa el ajuste actual: apretar la economía de los países de la región —es inevitable que tenga que ser así—, jugando la carta de la reactivación internacional. En el fondo, se

está pensando que en 1984 la situación económica internacional será tan brillante, que van a cambiar los datos en los cuales nos basamos. Esta es una hipótesis que he discutido mucho con alguna gente de los Estados Unidos. Ellos consideran que si a su país le va bien, le irá bien a todo el mundo.

Nosotros tenemos grandes dudas, porque para que la reactivación mundial derrame el maná sobre nosotros tiene que darse lo siguiente: primero, tienen que aumentar los precios de las materias primas, cosa que no está sucediendo; segundo, tienen que bajar los intereses, cosa que tampoco está sucediendo; y tercero, tienen que llegar los capitales privados, que no sólo no están acudiendo, sino que han desarrollado un síndrome latinoamericano, y si pudiesen retirarse lo harían.

Todo esto indica que tenemos que tener cuidado cuando nos dicen que la reactivación internacional nos va a salvar. Nos va a salvar si se dan las condiciones, y esas no aparecen aún, ni tenemos la seguridad de que vengan con la rapidez necesaria. El tema no es si nos va a salvar la recuperación internacional. La recuperación internacional es una condición indispensable, pero no suficiente. Nos preocupa que se esté pensando en un ajuste muy violento, asimétrico, afirmado en una sola pata, que es la contracción, y que se esté jugando la gran carta de la recuperación, que a mi juicio no tendrá respuesta con la rapidez que se espera en los Estados Unidos.

América Latina debe plantear este tema con rasgos políticos. La actual crisis latinoamericana no es una anécdota en un ciclo. Es una crisis de tal violencia, de tal proporción, que de precipitarse puede causar trastornos muy importantes en el sistema financiero internacional y en la economía mundial. Y es en esta especie de definición —digámoslo así— de una crisis con características muy peculiares, que radica en parte el mensaje del Presidente Hurtado: un planteo político de una crisis diferente que no está siendo abordada como cabría esperar.

Este año nosotros tenemos que pagar 35 mil millones de dólares por concepto de intereses. Los créditos nuevos provenientes del FMI y los bancos suman alrededor de 20 mil millones de dólares. Por lo tanto, América Latina tiene que ahorrar 15 mil millones de dólares para mandarlos al exterior. Esto ilustra lo que nosotros hemos llamado una transferencia perversa de recursos, que deprime obviamente nuestra situación económica, más aún cuando a la vez se nos cortan los créditos comerciales —con lo cual se obliga a los países a importar al contado—, y los créditos para el desarrollo, acumulándose así elementos depresivos en todo el horizonte latinoamericano.

¿Qué hacer frente a una recesión que tiene estas características? Yo diría que lo primero es tratar de plantear el problema a la comunidad internacional, y plantearlo políticamente. No para no pagar, no para sindicalizarse —esas cosas, en el fondo, no agregan demasiado—, pero sí para hacer ver a los países de nuestros banqueros que están tan comprometidos como nosotros en el problema, y que habría que arbitrar medios que, por lo menos, nos hagan el ajuste más llevadero hasta que la economía mundial derrame sus bendiciones sobre nosotros.

Un segundo camino es el de la cooperación regional. Esta es una oportunidad excepcional para revalorizar los grandes principios de la cooperación regional (injustamente maltratados en muchas ocasiones), para salvaguardar lo que hemos logrado, y para utilizarla con pragmatismo, con

flexibilidad, pero también con cierta agresividad política y sesgo latinoamericano, en bien de la región.

Un tercer camino es ciertamente el de las políticas nacionales. No existen las soluciones milagrosas. Pero siempre se puede moderar el impacto de la crisis, sostener los consumos populares, crear formas de empleo y actuar con enorme pragmatismo para atender lo mejor posible a los sectores sociales, particularmente, en un proceso que va a durar todavía algunos años.

En síntesis, a la pregunta de cómo puede administrarse la recesión en la presente coyuntura, yo respondería diciendo que, para administrarla, tenemos que hacer planteos políticos a nuestros grandes socios en la comunidad internacional, tenemos que vigorizar las bases de la cooperación regional y tenemos que aplicar políticas nacionales que resuelvan o palien los problemas más agudos, especialmente los de índole social y de defensa de la estructura productiva. Insisto mucho en esto último porque no podemos darnos el lujo de perder el capital acumulado. Los países desarrollados pueden cerrar fábricas, porque allí pronto nacen otras. Para nosotros, en cambio, esa destrucción es una especie de eutanasia, de la mayor gravedad para el futuro de América Latina.

Quisiera ahora hacer algunas reflexiones respecto a lo que sucederá después de la crisis. Es evidente que para la región se ha cerrado un ciclo, junto con haberse cerrado el de la economía mundial, y esto por tres factores que se suman.

El primero de estos factores es el enorme peso de la deuda que va a seguir con nosotros —aunque quizás baje su proporción con respecto al producto y con respecto a las exportaciones—, lo que impondrá durante varios años una suerte de hipoteca sobre el proceso latinoamericano. El segundo factor es un cambio en el entorno internacional: se están secando las fuentes de recursos, y la actitud permisiva de las entidades financieras que dio lugar a una gran abundancia de recursos, ha sido reemplazada por una enorme escasez de ellos, entre otras cosas, porque los Estados Unidos los utilizan en gran parte para financiar su déficit. Está claro entonces que tenemos que prepararnos para un período mucho más austero en cuanto a disponibilidad de recursos externos. Por otra parte, la cooperación internacional dista mucho de ser la panacea en la que hemos venido pensando durante muchos años. Eso es muy claro en el campo del comercio. Habíamos venido pidiendo durante años un comercio libre, pero nos encontramos hoy con una tendencia francamente involutiva. El 20% del comercio mundial es un comercio administrado, y tal situación puede continuar. En todos los frentes el entorno internacional es hoy más hostil, y exhibe una crudeza, un nuevo realismo político y económico en las relaciones internacionales, que no podemos desconocer. El mundo se ha endurecido en estos planos, y con esto tendremos que contar en el futuro.

El tercer factor es el impacto de los ajustes estructurales que están haciendo hoy los grandes centros industriales de economía mixta. No podemos ignorar que se está produciendo en Europa, en los Estados Unidos y en el Japón, una suerte de tercera revolución industrial que tendrá profundas repercusiones en el destino del mundo. Está en marcha una transformación silenciosa pero profunda de las tecnologías, y esto está introduciendo nuevos elementos en el sistema productivo, como por ejemplo, la tendencia creciente al reemplazo de la mano de obra por la robotización, y el avance

espectacular de las técnicas genéticas que han transformado a países del norte en grandes productores de alimentos. Nos encontramos, además, con que están apareciendo nuevos motores dinámicos en los países desarrollados. La historia muestra que el capitalismo se dinamizó con la industria textil, luego con la industria del automóvil, más tarde con la industria electrónica; ahora ha aparecido la llamada industria de los servicios, que tiende a revolucionar al mundo con la alta tecnología y la informática. Tendremos que acostumbrarnos a ubicar a América Latina en un entorno mundial que está cambiando vertiginosamente.

Todos estos factores que he mencionado pueden afectarnos mucho en el futuro. Por ejemplo, hemos pensado siempre que tenemos ventajas relativas en la producción de alimentos; no sé si será así en el futuro. A Argentina, a Brasil, tiene que preocuparles esa tendencia que los va a afectar de alguna manera. Para Chile, la posibilidad de que el cobre se reemplace por fibras ópticas tiene una importancia fundamental. Vemos así que nuestras economías están de alguna manera amenazadas por transformaciones de gran importancia. Las ventajas comparativas no serán las mismas. Hemos creído en los últimos años que países como los nuestros tendrían un espacio económico, que habíamos sido cooptados por el norte en una dinámica compartida. Pero no es así. Creo que en este momento los países del norte están mucho más preocupados de lo que puedan hacer el Japón, Europa y los Estados Unidos entre sí, que de lo que hagan los países del sur, los países socialistas o los países de la OPEP. Por lo menos por algún tiempo tendremos que aceptar que la dinámica del sistema está desplazada hacia el norte más que hacia el sur.

Sea porque tenemos una deuda que nos va a mantener hipotecados por unos cuantos años; sea porque en el ámbito internacional se han agotado algunos de los elementos con que contábamos, como los capitales o el comercio progresivamente liberado; sea por estos nudos estructurales, creo que ha llegado el momento de mirar con nuevos ojos el desarrollo futuro de América Latina. Algo similar sucedió en los años treinta. Cuando sintió el impacto de la crisis, América Latina reflexionó sobre su futuro, y yo diría que toda la industrialización de los años cuarenta y cincuenta fue el fruto de esa reflexión.

Vemos así que las crisis tienen peligros, pero también ofrecen grandes oportunidades. En este momento realmente es posible pensar en un tipo de desarrollo distinto, en el cual yo privilegiaría tres aspectos.

El primero, de gran importancia, es el de depender mucho más de nuestros recursos internos que de los recursos externos. Esto lleva a un desarrollo más sobrio, más asentado en nuestro quehacer interno, lo que implica hacer más cosas con lo mismo —o utilizar menos cosas para hacer lo mismo— y privilegiar el ahorro interno y los mercados internos.

Un segundo aspecto es la eficiencia. Sé lo difícil que es hablar de este tema en América Latina y conozco sus connotaciones políticas. Pero hablar de eficiencia significa que América Latina no puede querer un sistema ni un Estado que triture recursos. Y el Estado es —a mi juicio— uno de los grandes desafiados en esta búsqueda de un mínimo de eficiencia, y de una buena administración de los recursos disponibles.

El tercer aspecto es la equidad. Todo este panorama tiene profundas connotaciones inequitativas. En este momento la crisis recae más severamente en los sectores populares, en los desempleados, pero también está

empezando a golpear a las clases medias y tomando formas que no conocíamos. Por ejemplo, la crisis del proletariado profesional estalló con violencia inusitada en el Brasil, donde son miles los arquitectos, ingenieros y otros profesionales desocupados. En nuestras universidades tenemos millones de jóvenes cuyo futuro es incierto. Estos son síndromes nuevos que se suman al grave fenómeno del desempleo. En este momento trabajan en la región setenta y cinco millones de personas; tenemos que tener ciento cincuenta, ciento sesenta millones trabajando en el año 2000. ¿De dónde van a salir esos empleos? En ningún esquema mundial conocido, ni capitalista ni socialista, ha habido que duplicar en 20 años los puestos de trabajo. Y para este desafío nadie tiene una respuesta clara. Sólo está claro que la tarea es ardua.

Aquí quisiera hacer algunas reflexiones sobre lo que yo llamaría "la confusión ideológica del mundo actual". Y lo digo con gran honestidad, porque esto nos toca también a nosotros.

La tarea que tenemos por delante dista mucho de ser burocrática o tecnocrática; lo que realmente enfrentamos es un desafío político de grandes magnitudes, es la construcción de la nueva sociedad y esto me lleva al tema de la democracia. Para mí la democracia en América Latina, la democracia participativa, la democracia con solidaridad en la base, no es hoy solamente un requisito ético, o un ideal político muy legítimo y con raíces históricas; también es casi una condición indispensable para salir del laberinto en que nos hallamos, la única forma de tratar de conciliar demandas contrapuestas y el único instrumento capaz de administrar tantas expectativas dispersas.

La confusión ideológica que hoy vemos en todos los planos, y especialmente en el quehacer económico, no es propio de nuestras pobres mentes subdesarrolladas —como dicen en el norte—, sino que se da también en el mundo desarrollado. Hemos visto caer progresivamente todas las grandes teorías: el keynesianismo que no sabe cómo resolver el problema de la inflación, el monetarismo que no sabe cómo resolver el problema del desempleo. Pero en esa suerte de péndulo ideológico nunca la política económica había pasado por un período de tanta confusión, nunca hemos sabido menos cómo manejar tantos factores al mismo tiempo. Y en esta confusión ideológica —creo que es importante decirlo con toda honestidad— han quedado muy vaciadas de contenido las que han sido las grandes vertientes tradicionales. El liberalismo tuvo fracasos importantes en los últimos años; el populismo los tuvo también. En este momento, creo yo —y esto lo digo muy convencido de la existencia de un desafío para todas las corrientes de pensamiento social como la doctrina social de la Iglesia a cuyo pensamiento se le abre una oportunidad especial para aprovechar la experiencia vivida, procesarla y macerarla, y empezar a enfocar con su visión ética algunos de los grandes temas del momento.